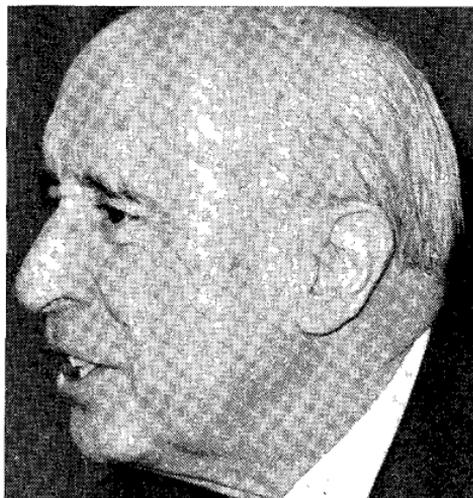


# «SOCIEDAD Y LITERATURA PICARESCA EN EL BARROCO ESPAÑOL»

■ Conferencias de José Antonio Maravall

Restituir el significado —distorsionado por la fantasía popular y por parte de la crítica— de la figura del pícaro, tipo social producto de la sociedad barroca española del siglo XVII, fue el objetivo de José Antonio Maravall, catedrático de Historia del Pensamiento Político y Social en España de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, en un ciclo de conferencias que impartió del 30 de noviembre al 9 de diciembre pasados, en la Fundación Juan March, bajo el título de «Sociedad y literatura picaresca en el Barroco español». A lo largo de cuatro lecciones, el profesor Maravall explicó la interconexión entre el personaje que protagoniza el relato picaresco y la sociedad del XVII, que generó, en su opinión, una elevada movilidad social y que, al tiempo que ofrecía a todos falsas esperanzas de medrar, fue una sociedad conflictiva, represiva y de cierre, que negó un lugar a los marginados, entre los que figuraba el pícaro.

Ofrecemos a continuación un resumen del ciclo.



JOSE ANTONIO MARAVALL, valenciano, es Catedrático de Historia del Pensamiento Político y Social en España en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense y miembro de la Real Academia de la Historia. Ha publicado numerosos trabajos en libros y revistas especializadas y actualmente prepara un «Estudio histórico-social de la literatura picaresca».

## EL DESPERTAR DEL INDIVIDUALISMO

¿Cómo se presentaba, en ciertos aspectos, la sociedad española del siglo XVII, para hacer posible que en ella surgiera la picaresca? ¿Cómo fue entendido el pícaro, figura congruente con dicha sociedad? A poco que se introduzca uno en la literatura del género, advierte que protagonizan la acción del relato personajes que parecen, ante todo, empeñados en afirmar lo que podemos llamar un *principio de autonomía individual*. Claro está, que optar por un modo de vida u otro, dentro de un repertorio de *figuras públicas* de

una sociedad jerárquica o estamental, no parece conllevar ningún desafío a esa sociedad. Pero sí es atrevido lanzarse a ser un arriesgado jugador de su existencia, desafiar el orden establecido y suprimir por propia decisión las barreras conocidas de la estratificación social, apartándose de las pautas de comportamiento que cabría seguir conforme a la condición social impuesta.

La novela picaresca es un producto incipiente, confuso, trivial de la nueva corriente ideológica que tiñe a la crisis social de los primeros siglos modernos, y que llamaré «individualismo»: una corriente que va a definirse como una nueva actitud, enfrentada a la sociedad tradicional,

a consecuencia de la crisis histórica del Renacimiento; la ideología de una grave crisis de inconsistencia de status. Pero ese individualismo (que está muy lejos de haber roto todas sus vinculaciones con el orden del mundo jerarquizado) afirma el valor del individuo, de todos los individuos, en un plano que se descubre por debajo de las *diferencias* de capas, estratos y modos jerárquicos diferenciadores. En cierta forma, recogiendo elementos de la herencia estoica y cristiana, parece que refuerza lo genérico humano.

Ese individualismo venía de una conmoción en el plano social, en el que se había producido una situación de desequilibrio. Las facilidades de combinar movilidad territorial y profesional no eran tantas, a pesar de los continuos desplazamientos de los pícaros, ni era tan fácil la posibilidad de alcanzar un lucro. El desequilibrio y la inseguridad en los niveles de status son, pues, condiciones previas de la picaresca; y fue ese fenómeno de desencaje el que, a fines del XVI, liberó las energías individuales e hizo posible el surgimiento de la picaresca.

Hay siempre, en el fondo del pícaro un enfrentamiento contra la sociedad, no atenerse a las convenciones sociales. Pero no cabe, en modo alguno, sostener que en el *Guzmán*, en *El Buscón*, como señala Parker, «la personalidad individual importa más aquí que la sociedad a que pertenece». En primer lugar, porque no se puede hablar de personalidad, aspecto que falta por completo en la picaresca. Además, los personajes son actores de un mundo organizado y su drama se promueve porque tratan de cambiar su puesto en él. Guzmán, Pablos, Justina, Teresa, etc., son sociedad, una sociedad todavía de estructura estamental.

Al trasluz de esas transformaciones que se producen a fines del XVI y cuyo impacto en la esfera de las relaciones sociales se da ya en el XVII, se observa un fenómeno de distanciamiento, de insolidaridad de individuos refugiados en la propia y singular conveniencia. Dadas las circunstancias del momento, cabría ver en la posición del pícaro, basada en una separación egoísta, que el propio sujeto valora como libre, un fenómeno de *privatización*. La esfera del domicilio, frente al hombre de la plaza, que caracterizan al hombre

moderno —la esfera de lo privado frente a lo público— está en cierto paralelo con el pícaro, en su constante despreocupación por los problemas públicos, en su aprovecharse incluso de su desvinculación para aplicarla en su particular beneficio. Esta situación de privatización del pícaro se traduce en insolidaridad, alejamiento, soledad, egoísmo, algo semejante a lo que Adler llamó «falta de intereses social».

Esos seres cerrados en su singularidad, que orientan su conducta sólo atenta a sí mismos, aunque deambulen por las calles con lucidos trajes, precisamente sin más motivo que el de ser vistos por los demás, aunque se incorporen a organizaciones reglamentadas de delincuentes o falsarios, se mantienen, en el fondo de su existencia singular, apartados, pero no «a solas» reflexivamente, sino en una radical soledad. La *soledad* es el gran tema del Barroco y de la picaresca. Ese desprendimiento para, a su través, someter el mundo a la operación de pragmatización es lo que caracteriza al sentido del individuo en el Barroco. Muy al comienzo de su narración Estebanillo, para presentarse a sí mismo, para resaltar su falta de apoyo, su soledad, nos da la imagen de alguien que empieza como un ser —nos dice— «del tiempo de Adán». Dirá de sí: «no usaba parientes». En cierta manera, el pícaro rehace el mito de Adán, reducido todo lo demás a instrumento de su egoísmo. Naturalmente, este planteamiento de lo que he llamado soledad radical del pícaro desaloja toda la problemática del pandillaje.

El pícaro es, pues, un virtuoso de sí mismo. Ya que no puede fiarse más que de lo que posee, por seguro, el pícaro busca, en definitiva y básicamente, hacerse dueño de sí.

---

## LA DESVINCULACION: FAMILIA, POLITICA, IGLESIA

---

En una sociedad en transformación como la que sirve de contexto al pícaro, la aspiración de medro suele tener como efecto romper los lazos del modelo de convivencia establecido y provocar el proceso de *desvinculación del individuo*. El fenómeno de vagabundaje es universal. Desde la baja Edad Media, los territorios de la Corona de Castilla contemplan la figura del vagabundo.

A partir del siglo XV, en los países occidentales unas oleadas sucesivas de población sobrante se derrama por caminos y ciudades, y muchos modos de comportamiento que no son nuevos adquieren, sin embargo, un nuevo cariz a causa de ese exceso demográfico: banditismo, incremento de órdenes religiosas, vagabundaje, trabajadores errantes que deam-

primero, el de cualquier normal ubicación en un lugar más o menos permanente. El pícaro es, en este sentido, uno de los primeros ejemplares en la serie y una de las más atrevidas manifestaciones de este hombre de los caminos sin meta. También está su decisión de abandonar el oficio primero. Para ello era necesario que existiera un amplio margen de movilidad, así como una proporción de éxitos en medrar más allá de lo establecido. Más aún, tenía que existir un aliento hacia estos modos de proceder.

Ante esta tendencia a desvincularse para mejorar, que toda Europa conoce, hubo países que se preocuparon de las penosas consecuencias para muchas pobres gentes, y trataron de recuperar a esta población en principio frustrada, reconvirtiéndola en asalariada. Esta población que se mueve y alguna vez consigue dar algunos pasos adelante, oscura, disimuladamente, a través de los intersticios que la sacudida social del siglo XVI abrió en el sistema, es aquella cuya existencia protagoniza la literatura picaresca. Nadie es pícaro en su tierra natal. En la existencia viajera del pícaro, el mesón es lugar de paso y pieza necesaria, marca momentos importantes de su vida, es una verdadera universidad para licenciarse.

Hay que tener en cuenta que en Europa, todavía durante los dos primeros siglos modernos, no era frecuente ni fácil viajar. Esto es muy importante para entender mejor el destino del pícaro, su atrevimiento de recorrer mundo, su desafío a creencias tradicionales. Y no cabe olvidar que la situación en España ofrecía un amplio campo para intentar saciar la sed de tales desplazamientos, como el espacio de las Indias, a las que Cervantes llamó «refugio y amparo de los desesperados de España».

En cuanto a la desvinculación política, consecuencia de la territorial, hay múltiples ejemplos. La dura crítica antiseñorial del *Lazarillo* afecta al principio constitutivo de la sociedad. En el *Guzmán*, el hecho de entrar al servicio del embajador de Francia y los elogios que le tributa, revelan un manifiesto despego a la tradicional imagen de la «Monarquía católica». Estebanillo no cree en los ritos políticos y religiosos de la España a la que pertenece.

FUNDACIÓN JUAN MARCH  
CURSOS UNIVERSITARIOS 1982/1983

*Sociedad y Literatura picaresca en el barroco español*

JOSÉ ANTONIO MARAVALL



NOVIEMBRE  
Martes, 30  
EL DESPERTAR DEL INDIVIDUALISMO Y LA CRISIS SOCIAL DEL XVII

DICIEMBRE  
Jueves, 2  
LA DESVINCULACIÓN DEL PÍCARO: FAMILIA, COMUNIDAD POLÍTICA, IGLESIA

Martes, 7  
REINTEGRACIÓN DEL PÍCARO EN LA COMUNIDAD PÍCARA

bulan en busca de ocupación, etc. Las condiciones expansivas del siglo XVI fomentan estas manifestaciones de una población que no encuentra acomodo en su ambiente originario. La diferencia entre los vagabundos del XVI y los del XVII es, de hecho, considerable. Los primeros, en un cierto sentido, pueden considerarse como un «ejército de reserva» de trabajadores; en el caso de los segundos, en cambio, no cabe para ellos sino la situación de vagabundos. La desvinculación, pues, reduce la desfavorable posición en que se encuentran colocados en la estimación social los componentes de determinados subgrupos. Esto es lo que sucedió en el Occidente europeo, desde Escocia hasta Andalucía, en el siglo XVII.

Los «insolidarios» tenían que empezar por romper con muchos vínculos que sobre ellos pesaban. El

Estrechamente unido al tema de la desvinculación política está otro aspecto de «no integración»: la desvinculación *eclesiástica*. Dadas las condiciones sobre las que se levantaba la Monarquía española y la presión a que tenía sometida a la sociedad, entre los medios de gentes marginadas, desviadas, delincuentes, en la prisión y fuera de ella, cundía una actitud de despego, emparentada con la que en algún caso se refleja en la picaresca. Bien por exceso supersticioso, bien por defecto de sentimiento íntimo religioso, se daba también en España, sobre todo en las capas sociales de las que brotan los pícaros, tal actitud y un fondo mágico-misticoide que introduce prácticas supersticiosas. Si Justina se aproxima a una ermita, en una romería, o Guzmán entra en algún templo, queda bien explícito que ello no se debe a ninguna intención piadosa. Desde el arranque mismo del género, en el *Lazarillo* se presenta el anticlericalismo con manifestaciones a veces feroces.

Y, en la última esfera, tenemos la desvinculación *familiar*. La presentación ante el lector del gesto de voluntario alejamiento del núcleo configurador familiar es un episodio, en cierto modo necesario y repetido en todas las novelas del género. Tal desprendimiento se produce primero en los pícaros que proceden de baja extracción. Es sobradamente conocido el arranque del *Lazarillo*. Todavía niño tiene que abandonar la casa de su madre, apartándose de una familia anómala, socialmente tachada de infame. También Guzmán da cuenta de su procedencia familiar y de su abandono de la casa de sus padres, tal como se hará por los protagonistas de todas las novelas picarescas.

Esa ruptura no tiene necesariamente un carácter afectivo. Puede producirse aún gozando de unas condiciones de afecto favorables. Guzmán nos dice que su madre viuda le criaba con todo regalo. Pablos «El Buscón», de muy joven, asfixiado en el ambiente familiar envilecido y miserable que le rodea, declara repetidamente que pretende llegar a caballero y resuelve así no volver a su casa.

Las novelas picarescas incluyen siempre, con una cierta amplitud, una parte sobre los orígenes familiares del que se va a realizar como

pícaro. Toda novela picaresca inserta el tema del «linaje». Sin duda, como sostiene Francisco Rico, la novela picaresca es un hecho literario y «el vínculo del yo y de la circunstancia familiar no era de ningún modo una exigencia del pícaro auténtico, sino, por principio, un elemento literario, calcado del *Lazarillo* por Mateo Alemán». Sin embargo, la novela picaresca hubiera sido otra cosa de lo que es, por lo menos en su proyección social, de haber prescindido de esa pieza. En cambio, con ella, al convertir un recurso del discurso nobiliario en un elemento del discurso burlesco, la picaresca cumple uno de sus fines más definidos y que más la definen: la degradación de la sociedad establecida testimoniada en su resultado de suscitar de sí misma la incitación al fraude, a la falsificación de sus valores y objetivos.

---

## DESVIACION SOCIAL Y LIBERTAD PICAESCA

---

*Desviación* es el concepto que se ajusta a la interpretación de lo que la picaresca significa en tanto que respuesta a una posición social determinada. Y para que se presente ese modo de comportamiento desviado, hace falta que se den previamente dos experiencias en la vida social, cuya contradicción hace saltar el resorte que sujeta con cinturón de hierro las aspiraciones de aquellos individuos pertenecientes a grupos que no son los privilegiados, son los postergados. Son necesarias, pues, dos fases sucesivas en el proceso social básico: una primera fase de flexibilización, y una segunda, en la que, manteniéndose en buena parte, al menos aparentemente, la oferta social de determinados valores a todos, se produce de hecho un enérgico endurecimiento de las normas de acceso a esas metas. La crisis social del XVII, al alterar esa proporción respecto a lo que la más flexible situación anterior había hecho esperar, suscitó la respuesta picaresca.

La literatura picaresca —y en ello está su alto valor literario y testimonial— contiene todo un modo de vida y desenvuelve un completo esquema de comportamiento: en toda sociedad, y por tanto en la sociedad barroca en la que la picaresca surge, se encuentran una serie de bienes y

valores a disposición de individuos de la misma; las posibilidades de conseguirlos son muy diferentes de unos a otros. Para algunos son nulas y esa exclusión del régimen de recompensas de la sociedad les coloca en una situación de marginados. Totalizando la cuestión, digamos que ni las aspiraciones ni las desviaciones son manifestaciones naturales del sujeto desviado, es decir, no constituyen líneas de conducta innatas, como en un principio podría entenderse. Pienso que la conducta picaresca participa en buena medida y muy complejamente de las maneras peculiares de los tipos que ha construido R. Merton (tipos de respuestas posibles a la presión de una sociedad), y a los que habría que añadir la respuesta o actitud que yo llamaría exaltación de la *pragmatización* a ultranza.

Precisamente, para arrancar a la ordenación social alguno o algunos de aquellos valores que ansía y que le están vedados, el pícaro tiene que negar, deliberadamente, a la sociedad en la que se mueve. La picaresca es una opción global de carácter antisocial, aunque sus posibilidades destructoras del orden, desde su posición, sean mínimas, prácticamente nulas. En cada una de las novelas se aplica particularmente la agresividad del protagonista a lograr una fuerte desestimación contra uno u otro de los sentimientos humanitarios que en el orden social deben ser respetados por cuanto promueven los lazos de solidaridad: la caridad expresada en la limosna y la amistad, en el *Guzmán* o en el *Buscón*; el afecto paterno en *La Pícaro Justina* o en *La ingeniosa Elena*; la benevolencia que funda la amistad civil en *Estebanillo*, en *Don Gregorio Guadaña* o *La Garduña de Sevilla*; el ataque contra tipos humanos que están puestos para suscitar sentimientos de piedad (el viejo, el inválido, el clérigo) en *Lazarillo de Tormes*, etc. Frente a esto, el pícaro emplea el ardid, la treta, la trampa, la burla, etc., que su astucia o «industria» le inspiran, haciendo estallar la contradicción, la mentira, la injusticia en que la sociedad está inmersa.

Si hay un tema que se incluye en todas las novelas del género es la familia de los pícaros desviados. Es componente imprescindible de todas ellas.

Un aspecto fundamental es también el triunfalismo. El pícaro necesita creer, él mismo primero, y hacer creer a los demás, que el triunfo le acompaña. Desde el momento en que Lazarillo toma tan insensiblemente venganza del ciego, haciéndole saltar contra el poste de piedra situado al otro lado del arroyo, la característica del triunfalismo está incorporada a la literatura picaresca. Junto a otros factores, interviene también en este triunfalismo un elemento psicológico: la vanidad, excitada por la ruin suerte de los padres y el desfavorable legado que de ellos llega hasta el pícaro.

El triunfalismo del pícaro le lleva a asegurar que si juega a los naipes, gana a todos; que fácilmente atrae a las mujeres; que él es siempre el elegido por su mejor presencia, para fingir ser amo y señor; que es sumamente habilidoso para buscar soluciones y salir de dificultades, etc. Un sentimiento de inferioridad en el pícaro y que pone en movimiento el «mecanismo anímico de compensación» (Adler), provocando un esfuerzo, es evidente; y provoca un esfuerzo, fuera de las proporciones normales del amor propio, de la ambición o de la vanidad, con objeto de compensar esa insuficiencia.

---

## EL REFUERZO DE LOS FRENOS IDEOLÓGICOS

---

Dos fases cabe distinguir en la respuesta que la sociedad española del Barroco dio a la actividad desviada del pícaro: una primera, de cierta tolerancia controlada, y una segunda etapa de endurecimiento, cierre y represión conflictiva. La amenaza de un derrumbamiento del orden siempre es considerada grave, es temida en sus consecuencias por los conformistas y lleva a reforzar los métodos de control. Todo el sistema del absolutismo monárquico en el XVII se orientó a constituirse en valladar insuperable para todo movimiento de rebeldía y en control eficaz para los demás tipos, menos peligrosos, de desviación.

Quizá las referencias que encontramos en moralistas y políticos del Barroco —por ejemplo, en Saavedra Fajardo— de que es conveniente tolerar ciertos modos de proceder fuera de las reglas, responda a una in-

tuición, formulada en términos imprecisos, de que un determinado índice de anomia es un factor constructivo dentro de la sociedad. Los gobernantes barrocos y, en general, la sociedad de la época contaba, no sólo con que no se puede castigar todo, sino con que hay que aceptar cierta proporción de anormalidad y marginación.

Según ha señalado K. T. Erikson, la conducta aberrante no siempre altera la estabilidad de la sociedad: «debidamente controlada —dice— puede desempeñar una importante función de mantenimiento de esta misma estabilidad»; puede presentarse, incluso, como «un producto normal de instituciones estables», suscitado por las mismas fuerzas estabilizadoras del sistema social. En el auge del cuadro literario de desviación en que trabaja la novela picaresca, en los innumerables ejemplos de «materia» picaresca difundidos en obras de otros géneros, en las noticias que abundan en escritos que representan el papel de la «prensa» en el Barroco —avisos, relaciones, anales, cartas, etc.—, es posible advertir que en su cerrado conservadurismo monárquico-señorial, la sociedad española del XVII con la presentación del fantasma de la conducta aberrante podía buscar fortalecer su sistema, y para ello era útil y necesario, en la ficción y en la realidad, mantener la imagen amenazadora de aquellos personajes que ella misma calificaba de desviados. De ahí, una cierta manera de presentar el tipo de holgazán y del pordiosero que los hace condenables, pero que al mismo tiempo les atribuye un cierto carácter divertido.

Esto es lo que hizo confundirse a M. Bataillon, al sostener que «este elogio» del deshonorado, del vagabundo, hecho para lectores honrados y para personas de buena sociedad, era característico y diferenciador de la picaresca española.

En el siglo XVII, a pesar de las fuerzas contrarias, se admite la necesidad de la innovación y se admira a quien aporta invenciones nuevas y raras. Y así, en el ámbito de la literatura celestinesca y de la picaresca se encuentran con frecuencia declaraciones de sus personajes, incurlosos en aberración social, de franca estimación de la *innovación*. En definitiva, el siglo XVII utilizó ese medio de contrastar límites para con-

trolar mejor la eficacia de sus órganos represivos. De ahí que, cuando acentuada a causa de las alteraciones económicas y factores de otra naturaleza —políticos, religiosos, militares—, a medida que la centuria barroca entra en años, la crisis social presente un cariz más grave y amplio; cuando rebeliones públicas y resquebrajamientos en los lazos de dependencia doméstica aproximen a los centros de poder la sensación de inseguridad, se agravará también la represión contra esos elementos marginados que antes habían sido tolerados con mayor flexibilidad. Y a medida que el siglo XVII avanza, se producirá un empeoramiento de los efectos de control que contra los pícaros pesa. El pícaro se ve convertido en habitante frecuente de la cárcel. En esta última fase su figura se presenta como poco menos que idéntica a la del criminal y el rechazo de la sociedad frente a ellos lleva a una actitud condenatoria, penal.

Esta represión se traduce también en la actitud del pícaro. De simple chanza y mofa, el pícaro pasará a la acusación, cada vez más dura, de algunos estamentos sociales, los más altos. Guzmán atacará a las Tres Santas: la Inquisición, la Cruzada y la Hermandad; y esta crítica habrá que descubrirla, a veces, leyendo entre líneas.

En el paso del siglo XVI al XVII se produce un cambio social importante: la nobleza, que quiere aferrarse a sus privilegios como sea, cierra filas y procede a una cierta depuración y revisión de su posición en la escala social de los privilegiados. Del señor feudal se pasa al individuo-miembro de una élite de poder, que comprende que, para actuar como grupo de presión, ha de reducirse de nobleza a aristocracia. Ello da lugar a la creación de toda una masa de gentes con pretensiones de nobleza (escuderos, hidalgos arruinados) que deambulan de pueblo en pueblo, equiparadas en algunos textos al pícaro.

Claro está que el pícaro no era un sedicioso y, mucho menos, un revolucionario, pero en un momento dado se incorpora al grupo rebelde, quizá porque en ello ve una posibilidad de medrar. Ese nuevo proletariado pseudonoble, con pícaros, y con un cabecilla hidalgo al frente, era muy temido por el absolutismo monárquico.